

tro Avila; si le preguntaban quién era bueno para Rey, el Maestro Avila; si le preguntaban quién era bueno para Papa, el Maestro Avila. Siempre la misma contestación, porque la España del siglo xvi, tan grande y tan gloriosa a pesar de sus defectos, sabía muy bien que el Señor había enriquecido al Apóstol de Andalucía con tesoros de dones naturales y sobrenaturales.

Descubriáanse muy pronto estas eximias virtudes en el Beato Avila, por más esfuerzos que hacía con su humildad para ocultarlas. Señalemos en primer término su trato asiduo con Dios, su oración altísima y prolongada de día y de noche, el amor y conocimiento hondísimo de Jesucristo, Señor nuestro, la acendrada y filial devoción a la Virgen Santísima, el recogimiento extático con que celebraba el santo Sacrificio de la Misa, su meditación y veneración profunda del misterio del Calvario y del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Penetró como pocos han penetrado en el *misterio de Cristo*, (Col-11, 2), vivió su vida a imagen del Apóstol San Pablo, (Gal. II, 20), con quien tantos puntos de semejanza tiene el P. Avila, celebró su omnipotente bondad, cantó su belleza, descansó embriagado de amor sobre sus llagas, juntó sus llamas con las llamas del Corazón sacratísimo de Jesucristo, cuyo fuego caldeó y cuyos resplandores hermopearon el pecho, la boca, los escritos del santo varón de Dios.

A la manera del Divino Maestro, y por más servirle e imitarle, el Beato repelía:

«Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Fuego he venido a traer a la tierra y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?»
(Lc., XII, 49).

SU DEVOCION AL SAGRADO CORAZON

Con indecible ternura habla el siervo de Dios de los dolores de muerte de Jesucristo y de sus preciosas llagas. Los hombres acosados por las pasiones, «como la cierva lo es de los perros», deben ir con piadoso corazón a beber de las fuentes del Salvador, (Is., XII, 3), penosas para El, y causadoras de gozo y frescos para nosotros. Así lo experimentaba San Agustín, y decía: